

del puerto del Retrete, y el de una tierra que tiene muchas isletas, á las que el Almirante puso el nombre de Barbas, y hoy llaman el Golfo de San Blas: pasó más adelante diez leguas al fin de la tierra firme que fué descubriendo, como cerca de doscientas leguas hasta el cabo de Marmol, nombre que dió á este término de costa adonde llegó, y dejando la tierra firme á primero de Mayo, tomó la via del Norte para ir á la Española, y reconociendo parte de la costa del Sud de Cuba, y el dia de San Juan, despues de muchos trabajos llegó á Jamaica, surgiendo en un puerto que llamó Santa Gloria. Allí le acontecieron muchas desgracias, pues á más de perder casi todos sus navíos en aquel viaje, de modo que no tenia con qué volver á Santo Domingo, se le amotinó el capitan D. Francisco de Porras, (que lo era de uno de los navíos), diciéndole que los habia engañado, y que él se queria venir á Castilla, y asíntiéndole otros se embarcó con ellos, y anduvieron por la isla cometiendo grandes insultos y robos. Volvieron al cabo de algunos meses adonde estaban el Almirante y su hermano el Adelantado, dando modo para volver á España y salir de tantos trabajos, y como éstos no pudiesen reducirlos con partidos honestos que les ofrecian, vinieron á las manos, que fué la primera guerra civil entre Españoles que hubo en

las Indias, donde los rebeldes quedaron vencidos junto á un pueblo de indios, llamado Maima, donde despues se pobló una ciudad llamada Sevilla de Jamaica.

Antes de esta conjuracion de los Porras habia juntado el Almirante sus capitanes para tratar el modo de volver á Castilla, y despues, de muchas consultas, determinó el Almirante enviar á avisar á Nicolás de Ovando, que ya era comendador mayor de Alcántara, que estaba sin navíos y perdido en la isla de Jamaica, y á Alonso Sanchez de Carabajal su factor, para que de las rentas que tenia en la Española, se le habilitase un navio proveido de municiones y bastimentos, para salir de tantas penalidades y seguir su derrota á Castilla. Habia escogido para ese fin dos sugetos de su mayor confianza, á Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, hombres de mucho valor, porque parecia imposible hacer un viaje de mar tan dilatado con canoas (como era preciso), habiendo casi doscientas y cincuenta leguas de distancia, desde adonde estaban en Jamaica hasta Santo Domingo, pareciendo aun gran temeridad navegar de una isla á otra. Partieron las canoas á la Española, favorecidas de una gran calma, como convenia, habiendo dentro de ellas cristianos que no hubieran podido resistir en cualquiera alteracion de la mar, como los indios que son tan diestros, que aunque

se les aneguen sus canoas en medio del Golfo, las vuelven á enderezar nadando y se vuelven á meter en ellas. Diego Mendez llevaba orden del Almirante de pasar á Castilla en llegando á Santo Domingo, y Fiesco de volver á Jamaica, á dar razon de cómo Mendez seguia su viaje para España. En este despacho escribia el Almirante á los Reyes, dando cuenta de su viaje y de sus adversidades, quejándose amargamente del tratamiento tan injusto que habian usado con él; y es de advertir, que lo que más les ponderaba, era el sentimiento de carecer de los santos sacramentos de la Iglesia, quedando enfermo y lleno de gota si en aquel desierto le viniera la hora de la muerte, por donde para la inteligencia de este aparato que voy escribiendo, se reconoce que más se atendia en estos viajes á descubrir las tierras, saber de sus riquezas y producciones, que á plantar desde luego la fe, llevando ministros para ello, bien que se observa, que el Almirante llevaba regularmente algun capellan que le dijese misa y á su gente cuando se podia, y es muy factible que en este último viaje tan trabajoso se le hubiese muerto. Pasáronse ocho meses despues de la partida de la canoa en que iban Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, sin que se hubiese tenido noticia de ellos, sospechándose que el mar los habia anegado, lo que fomentó mucho los alborotos y las conjura-

ciones que se terminaron con la batalla arriba referida, en que fueron vencidos los rebeldes, y se iba ya á suscitar otro motin, cuando permitió nuestro Señor que saliese del gran riesgo en que estaba el Almirante, ocupado de remediar otra segunda sedicion, con la venida de un carabelon que enviaba el gobernador de la Española, y consolada la gente se dispuso para salir de Jamaica.

Miéntas habia andado el Almirante en sus descubrimientos y pasaban estas cosas en Jamaica, gobernaba Don Nicolás Ovando la Isla Española con bastante acierto. El feliz suceso de la última guerra del Higuey le habia puesto en estado de dar la ley á toda la isla, y una sana política pedia que se aplicase á conservar un pueblo subyugado y rendido que podia ser de grandísima utilidad á la colonia española, y de quien, absolutamente, se necesitaba si se pretendia sacar del seno de aquella tierra los tesoros que encerraba; pero á los principios no se media la importancia del descubrimiento del Nuevo-Mundo sino por la prodigiosa cantidad de oro y plata que se encontraba en él, de todas las particularidades notables que una religion tan nueva presentaba al espíritu observador: esta sola era la idea que ocupaba los ánimos. Los hombres dignos de contemplar la naturaleza bajo aquellas vestiduras rústicas y antiguas, no se

hubieran acercado sin cierta especie de respeto á aquella inmensa region, á quien el trabajo y el arte no habian dado todavia sino una forma precaria. Un suelo intacto, cubierto de bosques impenetrables á los rayos del sol, les hubiera hecho conocer que habia allí una fecundidad prodigiosa que podia ser origen de un comercio inagotable y opulento. De la comparacion de las producciones espontáneas de aquel terreno con las del mundo antiguo, bajo climas correspondientes, hubiera sacado un observador atento luces útiles para dirigir y perfeccionar el cultivo, tal vez observando que bajo un cielo ardiente, el hombre estaba privado de aquellos caracteres de virilidad que descubren la energia de su sexo, y el ardor de reproducirse hubiera evitado á la especie humana la fatal herida que se la hizo con la pérdida de tantos americanos. En efecto, ¿qué razon hay para que aquella impetuosa llama que devora y quema al habitante de las costas de Africa, apenas produzca una débil emocion en los sentidos del caribe, colocado bajo la misma latitud? ¿Se necesitaba más para conocer que el clima que acababa de descubrirse debia tener sobre sus vencedores un influjo mortifero, y que estaba en su interes dejar aquella tierra fecunda y húmeda á sus antiguos habitantes, estimulando su pereza con nue-

vas necesidades para establecer en ellos un comercio sólido, constante y ventajoso? ¡Cuánto honor hubieran hecho á los primeros conquistadores y á los gobernadores de este nuevo país estas reflexiones! ¡Y cuánto se hubiera aumentado con ellas la poblacion de los dos mundos! Pudo preverse desde entónces lo que ha demostrado la sucesion de los tiempos respecto al gobierno de las posesiones americanas. A proporcion que la masa de los metales preciosos se fué disminuyendo en América, la industria y la necesidad fijaron su atencion en tesoros más nobles y de más producto. Observáronse con cuidado las producciones particulares de aquel país, y se las dió un cultivo que pagaron con usura; y el Océano, que hasta entónces habia gemido bajo el peso de un oro manchado con la sangre de sus poseedores y sus conquistadores, empezó á cargar sobre sus ondas las riquezas territoriales del Nuevo-Mundo, con que se dió principio al comercio de la América. Aquí debemos hacer justicia á nuestra Corte de España, y tal ha sido siempre su plan, recomendado siempre á sus gobernadores del Nuevo-Mundo, el buen trato de los indios y su conservacion; pero sus órdenes se hallaban mal ejecutadas siempre: aun en virtud de informes siniestros se vió precisada á expedir algunos que parecian los más acertados,

y ocultaban consecuencias perniciosísimas por el abuso que se hizo de ellos, á fin de entablar una tiranía inexcusable, la que ha despoblado las más vastas y ricas regiones de la América.

Así, conforme á las representaciones que el gran Comendador Ovando, de quien se suponía que se habia hecho bien cargo del trato y calidad de la Española, envió á los Reyes Católicos, cuyo tenor era: que se acababan los bastimentos de Castilla; que los indios no querian sembrar ni trabajar, aunque se les pagaban sus jornales, á causa de la libertad que por mandado de sus majestades se les habia otorgado de nuevo; que no querian tampoco comunicar con los castellanos, y ménos los podian juntar para doctrinarlos y atraerlos á nuestra santa fe católica, de modo que, por estas razones, se experimentaba mucha hambre en nuestra gente, de que resultaban enfermedades y muchos se morian, y seguiría indefectiblemente la destruccion entera de la colonia, por cuyo motivo se veía en la precision de dar aviso de ello para que sus majestades proveyesen del mas pronto remedio, proveyeron los Reyes Católicos lo mismo que él deseaba, esto es: que apremiase á los indios para que comunicasen con los españoles; que trabajasen para los castellanos, pagándoles sus sueldos segun la calidad de su trabajo, mandando á cada

Cacique que tuviese cargo de cierto número de indios para que los hiciese ir á trabajar á los campos, á las minas ó adonde fuese necesario, lo cual hiciesen como personas libres y no como siervos, y atendiese á que fuesen bien tratados, y los que fuesen de ellos cristianos, mejor que los otros; que se juntasen á oír misa y á ser doctrinados en los misterios de nuestra santa fe en lugares dispuestos á este fin; y por último, que se acordase que aquel pueblo era libre, y de ningun modo debia reducirse á esclavitud; de gobernarlo con bondad, sin permitir que se le hiciese daño alguno, y sobre todo, que procurase especializarse con aquellos habitantes que abrazasen la religion cristiana.

Estas órdenes fueron dadas al Comendador Ovando este año de mil quinientos tres, y despachadas en Medina del Campo; y aunque las instrucciones que llevaban eran concebidas con tanta discrecion y cordura, no obstante, se interpretaron muy mal. Y en efecto, el Comendador, haciendo que se conformaba con ellas, comenzó á establecer y formar repartimientos de indios, que siempre fueron tan odiosos y perniciosos, dando á cada castellano cierto número de indios, á unos cincuenta, á otros ciento, segun le parecia, con una cédula de concesion concedida en estos términos: « A vos, fulano, se os

« encomiendan tantos indios de tal Cacique, y
 « enseñadles las cosas de nuestra santa fe cató-
 « lica. » A los principios tenían á los indios ocu-
 pados en las minas seis meses, y despues se
 mandó que ocho, que llamaban una *demora*,
 hasta el tiempo que traían el oro á la casa de fundi-
 cion. Se separaba el quinto del Rey, y se daba lo
 demás á sus dueños, que como gastaban mucho
 en galas y superfluidades, poco percibían de ello,
 y por está causa y por lo mucho que hacían tra-
 bajar á los pobres indios, vinieron á minorarse.
 Como le parecia al Gobernador que solo así po-
 dian sustentarse los castellanos, conservaba en
 cuanto podia los repartimientos que habia dado, y
 á tiempo volvía de nuevo á repartir, añadiendo á
 cada uno de los principales y amigos suyos, los que
 les faltaban, dejando á muchos sin ninguno, y
 este método guardó todo el tiempo que gobernó
 en la Española, el que se extendió despues en
 todas las Indias.

Lo que puede parecer digno de admiracion,
 bien que no hay que admirarse de cuánto ciega
 á los hombres la codicia hasta hacerles perder de
 vista sus verdaderos intereses y aun sus más ur-
 gentes necesidades, es que ántes de llevar los
 indios conquistados á las minas, no los ocupasen
 en el cultivo de la tierra para que cesase una ham-
 bre tan dura y larga que afligia en extremo á los

conquistadores. Si hubiera el Gobernador Ovan-
 do hecho esta reflexion, hubiera ido á la mano á
 los castellanos que se daban tanta libertad y ha-
 cían tantas injurias á los indios, vejándolos de un
 modo extraordinario. Sin duda que su gobierno
 fué uno de los más loables y prudentes, y en es-
 ta materia concuerdan los historiadores en tribu-
 tarle grandes elogios á Ovando: todos han alaba-
 do grandemente su sabiduría, su atencion al bien
 público, su celo por los intereses del Rey y por
 el establecimiento de la religion católica. Cuida-
 ba mucho del haber real y de la conversion de
 los indios: daba salario competente á costa de la
 Real Hacienda á los clérigos para que adminis-
 trasen los sacramentos, dándoles cien ducados á
 cada uno: los padres de San Francisco se vieron
 muy favorecidos de este señor en la edificacion
 de los monasterios de su Orden, uno en la capi-
 tal de la ciudad de Santo Domingo, y otro en la
 de la Vega, y los empeñó á que cuidasen de te-
 ner algunos muchachos indios á quienes enseña-
 sen á leer y á escribir, y á los de más despejado
 entendimiento un poco de gramática: purgó la
 colonia de muchos sugetos de malas costumbres,
 y entre otras cosas que pidió á los Reyes, dando
 informes de las cosas de la isla, fué el que no se
 enviasen esclavos negros á la Española, porque
 habia reconocido que se iban con los indios y les

enseñaban maldades; y, como se ha dicho, reedificó la ciudad de Santo Domingo con magnificencia y fabricó el hospital de su nombre. Pidió á Su Santidad indulgencias para él, y á los Reyes que no se enviase por entónces más gente, porque apénas se podía mantener la que habia, que ya era mucha.

Poco tiempo despues que recibió Don Nicolás de Ovando las órdenes de la Corte que hemos referido, recibió otras nuevas, que hubieran desbaratado sus ideas sobre el curso de los repartimientos si no hubiera hallado modo de eludirlos. Significáronle los Reyes en estas segundas órdenes que le dirigieron, el gran sentimiento que les habia causado la pérdida de la flota y de la gente principal que llevaba, especialmente de Guarionex, y mucho más la de un Cacique cristiano, cuyo nombre se ignora, que voluntariamente iba á Castilla á aprender sus costumbres: reprendianle igualmente, con mucha viveza, sobre no haber querido recibir al Almirante en la isla, hallándose en tanta necesidad, y de no haber querido tomar su consejo, deteniendo la flota unos cuantos dias; y tocante á la conversion de los indios, insistian de nuevo en que procurase reducirlos á que viviesen en poblaciones y no apartados en las sierras: que en cada poblacion se hiciese una iglesia y se pusiese un sacerdote celoso y de vida

ajustada, que dijese misa y les administrase los sacramentos: que estableciesen escuelas, adonde dos veces al dia se juntasen los indios para que se les enseñase á leer, escribir y la doctrina cristiana con caridad, cuidando de que aprendiesen á ser cristianos, y procurase estorbar las opresiones de sus caciques y encomenderos castellanos: que se hiciesen hospitales así para indios como para castellanos: que con la mayor dulzura se empenase á los indios á que pagasen los diezmos, quitando en sus fiestas y mitotes todo aquello que repugnase á la decencia de nuestra santa religion y á las buenas costumbres, y que se trabajase todo lo posible para que ambos nacionales castellanos y indios se uniesen mediante los vínculos del santo matrimonio; y porque consideraban que se hacia indispensable que los castellanos de la isla se sirviesen de los indios, mandaban al Gobernador que viese en esto la forma que se debia tener, sin que fuesen maltratados, ó pagándoles sus jornales sin ser apremiados á ello, ó si en compensacion de su trabajo seria mejor darles de comer y de vestir, ó si para el servicio de sus Altezas tendria más cuenta que sirviesen ciertos dias ó cierto tiempo. Otras muchas providencias bien sábias y equitativas despacharon los Reyes Católicos en esta ocasion al Comendador Ovando, dirigidas al mejor gobier-

no espiritual y temporal de los indios, que trae difusamente Herrera y aqui solo he referido lo más esencial para que se conciba el término que tomaban las cosas de la conversion de aquellos isleños desde el descubrimiento y posesion de sus tierras, y se repare que si su adelantamiento sufría muchos atrasos, no era por cierto de parte de los indios, que eran bien dóciles, y ménos de parte de los Reyes, quienes cuidaban de enviar ministros celosos con providencias bellisimas para tan loable fin, sino porque la codicia que cegaba á los primeros conquistadores y pobladores les hacia arbitrar muchas vejaciones contra los pobres indios, que, despechados, se sublevaban á veces; y los oficiales subalternos, en lugar de ejecutar las órdenes de la Corte, se ocupaban en granjear los medios de engrandecerse, disipando y reprimiendo sediciones que dispartaba y fomentaba la avaricia de los que mandaban y obedecian.

A fines de este año de mil quinientos tres, en que recibió Don Nicolás de Ovando estas órdenes, tuvo principio la casa de contratacion de Sevilla, porque crecian mucho los negocios de Indias y habia muchos que querian ir á tratar y descubrir por aquellas partes. No se sabe qué es lo que dió motivo para la formacion de plan tan bello de gobierno, que fué muchas veces pro-

puesto, y no obstante que estas segundas órdenes respiraban su espíritu y estaban apoyadas de la autoridad de la Corte, fueron por muy poco tiempo llevadas á puro y debido efecto. Verémos en su lugar los inconvenientes que se hallaron para su ejecucion: el más real y verdadero y que podia frustrarle, es que no tenia cuenta á nuestros españoles, pues no daba lugar para la subsistencia de los repartimientos, que eran todo el objeto de las esperanzas que habian concebido de enriquecerse.

Así el Gobernador Ovando sacrificaba á los intereses de los particulares (y como lo tenia entendido, á los del Príncipe) un pueblo inocente, de quien podia sacar servicios mucho más apreciables y considerables que los que exigia; pero no es fácil formar cabal juicio de los motivos que le determinaron á despoblar casi enteramente una de las mayores provincias de la isla del modo que voy á referir. Tuvo aviso el Gobernador Ovando de que ciertos compañeros de los que habian quedado de Francisco Roldan Jiménez, acostumbrados á vivir sin disciplina y con la insolencia que les habia enseñado, cometian muchos excesos en la provincia de Jaragúa y la tenían movida á sedicion, haciéndose intolerables á los vasallos de Anacaona, quien, por la muerte de su hermano Bohechio, la gobernaba